

## INOCENTES, CULPABLES Y CONFIADOS

Terminamos todos hablando de lo mismo. No cabe espacio para ser original ni creativo. Sin embargo y a pesar de todo, aún quedan algunas cuestiones sorprendentes.

Me sorprende que un presidente de un gobierno sea capaz de asistir a una especie de control parlamentario (y lo de especie lo digo a sabiendas) y diga, como explicación a las preguntas de los diputados, que se equivocó en dar su confianza a determinada persona que resultó ser de poco fiar. Bien. Esto le puede pasar a cualquiera. De hecho nos ha pasado y nos pasará en cualquier momento. Pero, ni yo ni ninguno de mis lectores somos presidentes de un gobierno ni de un partido que se financia de manera irregular. De modo que ¿quién es el responsable del asunto? El tal bi-presidente resulta que no, porque él tiene los papeles personales en regla y, aunque cobra extras, las declara.

Me sorprende que también cobre extras. Cuando se amenaza con bajar los sueldos de aquellos que, con suerte, consigan un trabajo precario. Cuando a los funcionarios se les ha rebajado un 12% real su sueldo y se les han reducido otras ventajas que costó adquirir. Cuando las grandes empresas a base de triquiñuelas legales pagan un 3% de impuestos sobre sus beneficios, mientras el resto de los cristianos, entre pitos y flautas, pagamos más de un 30% de impuestos directos, sin contar los indirectos (gasolina, comida, ropa, libros, música, etc., etc., etc.). Cuando se reduce el presupuesto de investigación, el de sanidad, el de infraestructuras, el de educación, me sorprende y perdón por la insistencia, que este bi-presidente que no tiene un sueldo corto, vaya y cobre extras. ¿Por qué? ¿Qué hace para merecerlo? ¿Fiarse de quien no debe?

Tal vez le ocurra que es un poco despistadillo y le pasa lo que a la esposa del poco fiable, que tiene confianza ciega en su marido y no presta atención a lo que él hace o, simplemente, al confiar de ese modo total, ni siquiera se para a pensar por qué, siendo el simple tesorero de un partido, puede tener tantísimo dinero y ella puede vivir con un tren de vida que el 90% de los españoles no puede ni soñar.

Será que la confianza, como el amor, nos vuelve ciegos, sordos y mudos, porque, por otra parte, hay que ver lo que le ha costado a este señor hablar y, sobre todo, decir cosas con sentido.

Me sorprende que su excusa sea que el tiene los papeles en regla, con lo que deja a sus correligionarios con el culo al aire (y perdón por decir 'aire'), pues parece dar por supuesto que algunos de ellos no están en regla con la Hacienda pública. De modo que

este caballero tiene por costumbre –fea, por cierto- rodearse de personas de poco fiar y aún así, ni se va, ni se quiere ir de su compañía.

Así que no sé si este señor es inocente, culpable o despistado, pero lo que sí me parece que es, es raro. La gente corriente, como yo, cuando caemos en las garras de alguien que no es de fiar, nos sentimos fatal, nos sentimos como idiotas que se han dejado embaucar. Avergonzados de nuestra simpleza y de haber puesto nuestro afecto o nuestra confianza en quien no la merecía, nos tiramos de los pelos, nos cabreamos y, desde luego, no volvemos a dirigirle la palabra a esa persona. Es decir, si no podemos mandarlo mudarse, nos mandamos mudar nosotros, más corridos que una mona. Todo esto, en el caso común entre la gente corriente, de que se trate de una relación entre dos. Pero si además resulta que somos responsables máximos de algo, por pequeño que sea, y descubrimos que nuestro principal confidente, valedor, apoyo, amigo o colaborador es un chorizo de cuidado, entonces la vergüenza es mayúscula, el sonrojo nos deja las orejas de color violeta y nos queremos meter debajo de una piedra y no volver a salir y nos sentimos responsables, en función de los demás, por haber confiado en alguien de poca confianza. Ensayamos con cuidado el pedir perdón a aquello o aquellos que estaban bajo nuestra responsabilidad, tratamos de restituir el orden y, si no podemos, hacemos mutis.

Pues no, en este caso, el señor bi-presidente, no sólo no se quiere ir, es que no se le pasa por las mientes, porque él, lo suyo, lo ha hecho bien y yo, asombradísima, me pregunto ¿Qué es lo que considera suyo? ¿Qué es lo que a él le toca? Parece que como presidente-presidente no le toca nada. ¿Será esto esquizofrenia? y una cosa es él, otra él y la de más allá él mismo. No lo sé, porque no soy psiquiatra, pero raro, es un rato raro.

Cuántas más vueltas le doy a la célebre comparecencia, por llamarla así, más sorprendida estoy.

También me sorprende que nos consideren idiotas a los ciudadanos de a pie, que, a fin de cuentas, somos los que los votamos y los colocamos en donde están para que nos den cuentas de lo que hacen. Nos deberían tratar con más respeto, aunque sólo fuera por el interés. Pero, ni eso.

Podría seguir desgranando mis perplejidades, asombros y pasmos, pero sería seguir hablando de lo mismo y estoy más que harta.

Buenas noches.